

Daniel C. Fernández
**Las luchas obreras
en la
Argentina moderna**

I. INTRODUCCIÓN

Es suficientemente conocido el hecho de que en la Argentina los conflictos laborales y las movilizaciones obreras han sido muy importantes en las últimas décadas. Hay numerosos estudios sobre huelgas y sobre movimientos semi-nsurreccionales con participación obrera como el 17 de octubre de 1945, o el “cordobazo” de 1969. Últimamente se ha prestado atención a los grandes conflictos obreros de 1974-1975.¹ En general las huelgas y las movilizaciones obreras se consideran como indicadores básicos de la “combatividad” de los trabajadores, concepto éste que no coincide con el de “conciencia política”, cuya determinación es más compleja. Aclaremos desde ya que nuestras reflexiones se limitan a la “combatividad” de la clase obrera en la Argentina moderna.

Hay dos concepciones básicas y opuestas que tratan de explicar la combatividad de los trabajadores argentinos con una óptica político-ideológica. Una de ellas la relaciona positivamente con el Movimiento Peronista, y en especial con la participación política de los trabajadores en el primer gobierno de Perón (1946-1955) y en la oposición antidictatorial desarrollada entre 1955-1972, en la llamada “Resistencia Peronista”. Según esta concepción, la etapa de mayor combatividad obrera tendría su antecedente en el 17 de octubre de 1945, y se concretaría a partir de 1955, explicándose los grandes conflictos de 1974-1975 por un enfrentamiento entre los “auténticos peronistas” y los “traidores”. La otra concepción extrema considera negativa la influencia del Movimiento Peronista, y cita como remoto antecedente de la actual combatividad obrera las luchas dirigidas por anarquistas, socialistas y comunistas antes de 1945; y toma como punto de partida de la actual etapa el “Cordobazo” y el surgimiento del “clasismo”, lo que culminaría en la famosa huelga de Villa Constitución de 1974-1975.² A nivel académico ambas posiciones están presentes, y son el marco teórico explícito o

1 Véase por ejemplo, E. Jelín, “Los conflictos laborales en la Argentina, 1973-1976”, *Revista Mexicana de Sociología*, n. 2, UNAM, México, 1978; y J. Pegoraro, “Los conflictos laborales”, *Cuadernos de Marcha*, n. 2, CEUAL, México, 1979.

2 La primera posición la sostienen grupos peronistas como Intransigencia peronista y Montoneros; la segunda, algunos grupos de la “izquierda no peronista”.

implícito de la mayoría de los análisis.

Hay otras concepciones intermedias que tratan de explicar la evolución de las luchas obreras sin considerar como principal la antinomia peronismo-antiperonismo, analizando la experiencia peronista como una etapa reformista pero no retardataria, y con aspectos positivos.³ Sin embargo, el fantasma del peronismo obrero sigue sin develarse, dividiendo todavía a militantes e investigadores, que en última instancia se refugian en una de las concepciones extremas y se acusan mutuamente de economicistas, ideologistas, oportunistas y otros epítetos. En este trabajo se desplaza el enfoque de las causas de la combatividad de la clase obrera moderna, ya que se considera que el aumento o disminución de los conflictos laborales de fábrica es relativamente independiente de la influencia tanto del Movimiento Peronista cuanto de la izquierda no peronista. Además, se intenta definir el peronismo obrero con cierta autonomía de la ideología justicialista y de las estructuras formales del Movimiento Peronista. Nuestra hipótesis central es que de los años treinta en adelante, y en especial desde los cuarenta, los movimientos huelguísticos y las movilizaciones obreras no se pueden explicar en lo fundamental por la influencia de los militantes peronistas o socialistas, ya que han sido en gran medida espontáneos, entendiendo por espontáneo no un movimiento caprichoso, irracional e imprevisible, sino un movimiento sin dirección partidaria, que se despliega en base a la experiencia acumulada, que lucha por reivindicaciones inmediatas y que tiene cierta correlación con el ciclo económico y el desarrollo industrial. Movimiento “espontáneo” éste que tampoco debe confundirse con economicismo o “tradeunionismo”, ya que está dirigido desde las fábricas por activistas de base que en su gran mayoría se autodefinen como “peronistas de abajo”, y que se plantea como objetivo general alcanzar una “Justicia Social” simbolizada por ciertos logros económicos, sociales y políticos alcanzados en los gobiernos peronistas, mismos que se quieren recuperar y profundizar.

Para intentar demostrar esta hipótesis nos basaremos en la reinterpretación de numerosos trabajos empíricos y cuantitativos realizados con un enfoque económico o sociológico. Lamentablemente, los

3 Ver por ejemplo el ya clásico texto de Belloni, *Del anarquismo al peronismo*, Peña Lillo, 1900, y aportes recientes como IEPALA (Instituto de Estudios Políticos para América Latina y África), *Páginas sindicales argentinas*, Madrid, 1979 y CEPA (Centro de Estudios Políticos Argentinos), “Del viejo sindicalismo al clasismo”, en *Debate Proletario*, México, n. 5/6, 1979.

trabajos históricos son muy escasos.

II. CLASE OBRERA Y PERONISMO

Hay una ardua discusión sobre si hubo o no cambios sustanciales en la clase obrera entre 1935 y 1945. Una de las hipótesis es que la migración de origen rural cambió la configuración de la clase obrera, y que su adhesión al peronismo se explica en gran medida por este fenómeno. Esta proposición fue sostenida en el ámbito académico por Gino Germani, y luego criticada, desde distintos marcos teóricos, por Murmis y Portantiero de un lado, y por Smith y Kenworthy por otro lado, en base a estudios sociológicos.⁴ Los nuevos estudios citados demuestran que el apoyo al peronismo fue mucho más amplio que el proveniente de obreros de origen rural, no sindicalizados, como afirma Germani; lo que es confirmado por los estudios históricos sobre el sindicalismo de la época, que señalan el apoyo a Perón de importantes gremios.⁵ Parece incontrovertible que, a nivel de las bases, tanto la “vieja” como la “nueva” clase obrera se unificaron en torno a la ruptura de Perón, porque representaba la conquista de sus reivindicaciones inmediatas. Para los sectores de origen rural, es natural la lucha por el mejoramiento social y la aceptación de un líder paternalista y carismático; para los sectores de origen urbano, hay que tener en cuenta sus reivindicaciones insatisfechas y el desprestigio de los líderes socialistas y comunistas, que habían subordinado la orientación de las huelgas reivindicativas a la política internacional antifascista.

Todo esto no se puede discutir aquí. Sólo nos interesa señalar que a partir de que Perón comienza a dar respuestas a las reivindicaciones obreras desde la Secretaría de Trabajo, se produce la unidad política de la clase obrera —vieja y nueva— y nace un movimiento social que no se puede entender analizando solamente la ideología burguesa de sus líderes. Porque allí comienza el largo camino de una clase obrera identificada en su inmensa mayoría con el peronismo, que produce movilizaciones y tomas de fábricas, huelgas salvajes en cadena y bajas concertadas de la producción, en un proceso ininterrumpido y dialéctico que aún continúa. Y si hablamos de proceso dialéctico no es por moda

4 Véase Mora y Araujo y Uorente (*comp.*), *El voto peronista*, ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1980, donde se reúnen varios ensayos de Germani, Smith y otros; véase también. Murmis y Portantiero, *Estudios sobre los orígenes del peronismo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

5 En especial los de J. L. Torres y los testimonios de dirigentes sindicales como Perejman, Gay, Pontlerl y Reyes, publicados en los últimos años.

académica, o porque pretendamos describir sus leyes con exactitud; simplemente queremos expresar que la larga marcha de la clase obrera moderna no puede describirse ni comprenderse con un enfoque lineal o unilateral. Según nuestro análisis, el peronismo tiene para la clase obrera un significado distinto al expresado por la Doctrina Justicialista o por la dirección del Movimiento, incluido Perón. Adherimos entonces a la concepción de que hay un peronismo burgués y un peronismo obrero, caracterización ésta que tanto ha escandalizado a cierta ortodoxia.⁶ Pero aclaremos desde ya que no creemos que “el peronismo obrero” se exprese en los últimos tiempos en alguno de los sectores o ramas del Movimiento Peronista, sino que pensamos que es relativamente autónomo de estas estructuras y que más bien se expresa en organismos de base creados desde las fábricas (cuerpos de delegados, comisiones internas, agrupaciones obreras, etcétera).⁷

Pero vayamos por partes y analicemos el Movimiento Peronista. Su orientación general no parece distinta de la de otros movimientos similares, denominados generalmente populistas o nacional-populares: cierto nacionalismo industrialista (limitado a la industria liviana), un antimperialismo también limitado, tendencias redistribucionistas, una ideología policlasista, centralización y control de sindicatos, etcétera; elementos éstos también presentes en el cardenismo o el varguismo. Sin embargo, si analizamos el significado del peronismo para la clase obrera argentina, las comparaciones no son tan sencillas. El famoso slogan “Perón cumple, Evita dignifica” se tradujo en una lista impresionante de conquistas sociales, en la participación de los asalariados en más del 50% del ingreso neto y en cierta participación y reconocimiento político simbolizados en el papel de Eva Perón. Este fenómeno no debe sorprendernos si pensamos en una formación social donde la clase obrera tenía un peso estructural y una tradición de lucha muy superior a las de México o Brasil; pero es clave para trazar una imagen más ajustada del peronismo, que aparecería como un híbrido entre un gran partido laborista al estilo europeo y un movimiento populista latinoamericano.

Sin embargo, hay que agregar algo más para ver la especificidad del peronismo: el hecho de que fue derrocado y proscrito en 1955, y el gran retroceso en el nivel de vida de los trabajadores en los años posteriores. El nivel de vida alcanzado en la etapa 1945-52 fue incorporado a la conciencia obrera como irrenunciable y se convirtió en punto de referencia unificador de las luchas reivindicativas que se dieron a partir de 1955 y hasta 1972, luchas éstas que superaron el marco economicista al responder a

6 Véase por ejemplo el reciente artículo de Alberto Plá, “Alternativa para la clase obrera argentina: peronismo o socialismo”, *Coyoacán*, n. 11, México, 1981.

7 No creemos, por ejemplo, que el “peronismo obrero” sea representado por “los 25”, Intransigencia peronista o los Montoneros.

la consigna de “la vuelta de Perón y el Gobierno Popular”. Cuando se produce el retorno de Perón en 1972, su arrollador triunfo electoral de un año después demuestra que el peronismo sigue siendo la identidad política de la inmensa mayoría de los trabajadores y las clases populares. Pero lo que muchos no ven es que ese voto peronista implicaba para los obreros un programa de mejores salarios y condiciones de trabajo, y de mayor participación política. Por eso, cuando el Gobierno Justicialista no pudo cumplir tal programa —por su proyecto ya irrealizable de desarrollo autónomo— las bases peronistas vuelven a la lucha y las huelgas crecen en pleno gobierno de Isabel Perón, a un nivel mucho mayor que en la “resistencia peronista” y que en cualquier otro periodo de la historia argentina. Estas huelgas no sólo fueron contra las patronales, sino también contra el gobierno de Isabel Perón y contra la burocracia sindical peronista, como lo demuestran los carteles y las consignas de la época.

De esto último se deduce que el peronismo obrero no tiene la misma “ideología” que el peronismo burgués que dirige el Movimiento Justicialista. Para los trabajadores el peronismo es sinónimo de reivindicaciones económicas, sociales y políticas: salarios equivalentes a los de 1945-52, obras sociales y el respeto al trabajador no sólo como individuo sino como fuerza social a la que hay que escuchar. Cuando el peronismo burgués, cuya ideología es la conciliación de clases y la manipulación de proletariado, no garantiza las reivindicaciones de las bases peronistas, ambos peronismos se enfrentan. Y es evidente que ese antagonismo latente desde los orígenes del Movimiento Peronista —expresado en forma velada en las huelgas “traicionadas” por la dirección peronista en la Resistencia (1955- 1972) y con meridiana claridad en las jornadas de 1974-1975— no puede resolverse haciendo cambios en la dirección del Movimiento Peronista, ya que el proyecto histórico del peronismo —desarrollo autónomo y “justicia social”— es irrealizable en la actual etapa del sistema capitalista. También es evidente que no se resolverá con una repentina “desperonización” de la clase obrera, ya que las condiciones objetivas posteriores al golpe refuerzan en los trabajadores su peronismo práctico. Por lo tanto, los dos peronismos seguirán existiendo en la actual etapa de la lucha de clases, y con ellos la gran polémica que divide a la izquierda argentina.

Reconocemos que nuestra concepción de un “peronismo obrero”, reformista pero no burgués, y con posibilidades de radicalizarse hacia el socialismo, es heterodoxa respecto al paradigma del *Qué hacer*. Como se sabe, Lenin se plantea que en general no hay posibilidades intermedias entre el tradeunionismo burgués y una ideología revolucionaria. Pero, como lo señala Hyman,⁸ Lenin reconoció explícitamente que su planteamiento no se podía generalizar; y, además, tomarlo al pie de la letra sería

8 R. Hyman, *El marxismo y la sociología del sindicalismo*, ed. Era, México, 1978.

contradictorio con el pensamiento de los clásicos y otros escritos del mismo Lenin. Más allá de la interpretación de textos que algunos consideran sagrados, creemos que nuestra proposición se basa en “el análisis concreto de la situación concreta”, aunque esto suene a empirismo. En este sentido queremos señalar dos aspectos. Uno de ellos es la imposibilidad objetiva del desarrollo económico argentino de garantizar a un sector importante de los trabajadores un salario equivalente al del periodo 1945-1952, lo que impide la consolidación del “tradeunionismo”. Otro aspecto es la tradición nacional-popular, común a los trabajadores latinoamericanos, cuestión ésta que requiere mayor desarrollo.

En efecto, si bien la Argentina del siglo XX no difiere estructuralmente de muchos países de Europa, la tradición de lucha es muy distinta. Desde el siglo pasado las masas trabajadoras han luchado en el marco de movimientos nacionalistas dirigidos por grupos burgueses o pequeñoburgueses (montoneras federales, radicalismo Yrigoyenista). Aunque esta tradición se interrumpió con la emigración europea de principios de siglo, fue recuperada por el peronismo. Ahora bien: esta tradición populista no sólo explica la imposibilidad de desarrollar una línea de masas por parte de los que siguen la “ortodoxia” europea, sino que además permite hacer algunas comparaciones con países latinoamericanos. Y, aun teniendo en cuenta las diferencias estructurales, la experiencia cubana o la sandinista, así como el desarrollo de movimientos como el Partido del Trabajo en Brasil, o el mismo Movimiento de Acción Popular (MAP) en México, parecerían sugerir que no es imposible la radicalización del “peronismo obrero” hacia posiciones socialistas (y sin negar su experiencia anterior como burguesa). Lo anterior no significa afirmar que con esa evolución (o más bien salto cualitativo) hacia posiciones socialistas se garantice una dirección revolucionaria. Esa es otra cuestión, que no podemos discutir aquí. Por lo tanto señalemos solamente que la antinomia “peronismo obrero-socialismo” nos parece falsa.

III. BUROCRACIA SINDICAL Y CONFLICTOS DE FÁBRICA

Un enfoque habitual de la combatividad obrera en la Argentina sostiene que la conducción real de las luchas obreras modernas ha estado en manos de la CGT. Esta posición cobró fuerza en la década de los sesenta y actualmente ha reaparecido en algunos medios políticos y académicos.⁹ Sin embargo, si analizamos la evolución de las huelgas a partir de 1935, veremos que sus picos más altos no se

⁹ Por ejemplo las interpretaciones de autores como Ceresole, Mastrorili y Gazzera en los años sesenta, y en la actualidad algunos artículos de la revista *Controversia*, como el de M. Olmos, “Unidad sindical y proyecto de ley gremial”, n. 1, México, 1980.

correlacionan con la actividad directa de los dirigentes sindicales justicialistas. A la luz de las series históricas sobre huelgas (completas sólo para Buenos Aires) parece evidente que la influencia de lo que nosotros llamamos burocracia sindical no es un factor que incida en forma directa en la mayor combatividad.

Como se sabe, la burocracia sindical peronista se consolida alrededor de 1948-1949, cuando son desplazados los dirigentes obreros que habían formado el Partido Laborista y la CGT pasa a depender mucho más del Estado y de Perón. Luego de un periodo de proscripciones, entre 1955-1958, alcanza su apogeo en la década de los sesenta, hasta que sufre una división en 1968, al surgir la combativa CGT de los argentinos. En la década de los setenta la burocracia sindical es criticada por el activismo y la militancia de izquierda (peronista y no peronista), y finalmente rebasada por las masas incluso en su baluarte de Buenos Aires, en las jornadas de 1974-1975.

Ahora bien, si seguimos los auges huelguísticos, encontramos lo siguiente: entre 1946-1948, se da un periodo de alza, de cien huelgas anuales de promedio, luchas éstas que son anteriores a la consolidación de la burocracia sindical; fueron dirigidas evidentemente por activistas de base, y su objetivo eran reivindicaciones económicas y sociales; no buscaban enfrentar al gobierno peronista por el que habían votado, sino conquistar a nivel de fábrica el programa de reivindicaciones implícito en su voto.¹⁰ Más tarde, cuando se consolida la burocracia sindical y pasa a depender mucho más del Estado, el promedio de huelgas disminuye mucho (26 anuales entre 1949-1955). A partir de 1955 y hasta 1965 el promedio anual se eleva un poco (41.33). Pero estas huelgas tienen su apogeo entre 1956-1959 (el promedio es de 58.75 por año) y este periodo coincide con la lucha clandestina o semiclandestina de los activistas sindicales. Por el contrario, cuando se normaliza la CGT en 1960, el promedio de huelgas decrece y sólo destacan las grandes romas de fábricas de 1964, que en gran medida desbordan a la burocracia sindical. A partir de 1965 y hasta 1972, el promedio anual de huelgas desciende en Buenos Aires a los niveles más bajos de las series históricas (10.93 anual); esta etapa coincide con el fortalecimiento en la CGT de las corrientes conciliadoras como el “vandonismo” y el “colaboracionismo”, que son hegemónicas en Buenos Aires. Por último, a partir de 1973 y especialmente en 1974-1975, la CGT participa activamente en el Gobierno Peronista; y es en esta etapa cuando el nivel de huelgas alcanza el punto más alto de las series históricas (un promedio anual de 700 en el Gran Buenos Aires). Como se sabe, las principales huelgas de este periodo fueron realizadas al margen y/o en contra de la burocracia sindical.

10 Sobre este periodo puede verse L. Doyon, “Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-55)”, en *Desarrollo Económico*, n. 67, IDES, Buenos Aires, 1977.

Por todo esto, la actividad de la burocracia sindical peronista y el aumento de las huelgas no pueden correlacionarse en forma positiva. Lo anterior no significa que establezcamos una relación inversa y consideremos totalmente negativo el papel de la CGT (o más bien de su dirección burocrática). No se puede negar la importancia que ha tenido la CGT peronista en la centralización y disciplina del movimiento obrero; ni descartar la importancia de las federaciones sindicales por rama, que con las convenciones colectivas han contribuido a mantener la unidad social del proletariado al relativizar la diferenciación salarial,¹¹ lo que a su vez influye sobre la combatividad general. Menos aún se puede negar la importancia de la CGT como símbolo político de oposición antidictatorial, ya que ha impulsado decenas de paros nacionales en los últimos veinticinco años, la mayoría de ellos de carácter político, y algunos coordinados con sectores empresariales pequeños y medianos. Sin embargo, aun estos paros nacionales no están en relación directa con la lucha desde las fábricas, porque muchos de ellos obedecieron a tácticas de presión-negociación impulsadas por la burocracia o por el mismo Perón al margen de la lucha cotidiana de las fábricas. Como indicador de esta contradicción se puede mencionar que de los veinticinco paros nacionales que se han dado desde 1955 hasta la fecha, dieciocho se produjeron en la década de los sesentas, y es justamente en esta década cuando el índice de huelgas en Buenos Aires marca el nivel más bajo. Y si tomamos ejemplos recientes, veremos que los paros nacionales de abril de 1979 y julio de 1981 se dan antes y después del auge huelguístico que comienza en el segundo semestre de 1979 y se prolonga hasta los primeros meses de 1980.

Todo lo anterior podría ser aclarado con algunas consideraciones históricas acerca del papel de la burocracia sindical y sus principales fracciones. Es importante señalar que el origen de la burocracia sindical peronista está ligado al proyecto político y económico de la burguesía local que, al basarse en la expansión del mercado interno, permitía a la burocracia controlar a las masas mediante concesiones salariales y sociales, recibiendo a cambio el manejo de importantes cuotas sindicales y de Obras Sociales, lo cual le daba considerable poder. Este proyecto queda trunco en 1955 con el golpe militar impulsado por la gran burguesía, y la burocracia sindical participa en la lucha por el retorno de Perón hasta mediados de los años sesenta (con la excepción del sector integracionista que pacta con Frondizi). A partir de ese momento surgen divisiones: hay un sector “colaboracionista” o “participacionista” que se desarrolla en las industrias más dinámicas y que busca alianzas con los gobiernos militares, mientras se aleja del proyecto de Perón (aunque formalmente no abdicen del peronismo), destacándose entre sus dirigentes Taccone (electricistas), Kloosterman (automotrices), Cavalli (petroleros) y Coria

11 Véase por ejemplo P. Le Brun, “La acción de los sindicatos y el nivel de negociación colectiva sobre salarios”, en Smith (comp.) *Mercado de trabajo e inflación*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1912.

(construcción). Hay otro sector, conocido como “Vandorismo”, que más allá de ciertas diferencias con Perón (más aparentes que reales) impulsa el proyecto nacional-desarrollista en estrecha alianza con la burguesía nacional; este sector lidera la CGT a través de las “62 organizaciones peronistas” y el importante gremio metalúrgico, de donde surgen los líderes Vandor, Rucci y Miguel. En particular a partir del liderazgo de Rucci es ostensible la obediencia a Perón y la alianza con la Confederación General Económica, expresión de la burguesía “nacional”. Es este sector “vandorista” el que impulsa las huelgas nacionales en los sesentas, en estrecha relación con el proyecto de Perón y la burguesía nacional.

Pero aunque difieran en política, colaboracionistas y vandoristas coinciden en la negociación con la patronal como método de resolver los conflictos de fábrica, y en el enfrentamiento y represión de las huelgas que los rebasan o del sindicalismo independiente como el que surge en Córdoba. También coinciden en la búsqueda de un buen precio para la fuerza de trabajo en las convenciones colectivas por rama, porque saben que un salario relativamente alto es su mayor garantía de control sobre la base. Por último, hay un tercer sector que se opone a los anteriores y forma en 1968 la CGT de los Argentinos, en base a dirigentes de gremios como los gráficos, los telefónicos, los azucareros de Tucumán, etcétera. Esta corriente, liderada por Raimundo Ongaro, aunque no rompe con Perón y plantea una alianza con la pequeña y mediana empresa, levanta un programa de nacionalismo revolucionario, enfrenta a los militares con huelgas y movilizaciones políticas, y apoya la lucha espontánea de los trabajadores. A principios de los setentas la CGT de los Argentinos se desarticula a causa de la represión gubernamental, la debilidad de sus gremios y las mismas contradicciones de su proyecto. Las otras dos

corrientes conciliadoras se mantienen, predominando el vandorismo en el nuevo gobierno peronista de 1973-1976; y continúan en la actualidad, representadas con algunas variantes por la CGT (vandoristas) y la CNT (colaboracionistas). Sus tácticas no han cambiado: mientras los colaboracionistas buscan la negociación directa con sectores militares y diluyen su identificación peronista, los vandoristas combillan la negociación con la presión (ellos convocan las dos huelgas nacionales en 1979 y 1981) y reivindican el peronismo. Volviendo a nuestra hipótesis, parece evidente a partir de todo lo expuesto que la burocracia sindical peronista no ha tenido una influencia directa positiva en la combatividad de la clase obrera. A primera vista pareciera que su influencia ha sido negativa, ya que su función es controlar y reprimir tanto las “huelgas salvajes” como las corrientes independientes. Sin embargo, si analizamos la cuestión en forma más dialéctica vemos que la estructura sindical peronista que esta burocracia dirige ha contribuido indirectamente a mantener la combatividad de los trabajadores. Esto es así por el alto grado de centralización y la alta tasa de sindicalización,¹² por un lado, y por la relativa homogeneidad salarial lograda a través de las convenciones colectivas por rama, por otro lado, factores éstos que contribuyen a mantener la unidad social de los trabajadores. También hemos observado que un sector de esta burocracia sindical ha contribuido a la lucha impulsando huelgas políticas, aunque desde un proyecto reformista burgués (y no clasista) y sin una relación directa con el ritmo de las huelgas de fábrica.

IV. LUCHA ESPONTÁNEA E IDEOLOGÍA DESDE AFUERA

Hay otro enfoque habitual que queremos discutir. Se trata de la visión que considera que la combatividad del movimiento obrero moderno está relacionada con la aparición en Córdoba de corrientes clasistas, que responderían a la llamada nueva izquierda no peronista, o izquierda socialista. Lo primero que hay que objetar a esta concepción es que si bien entre 1969-1972 hay algunas huelgas importantes en Córdoba y en otras ciudades del interior (automotrices en Córdoba, textiles en La Plata, albañiles en El Chocón, automotrices en Florencio Varela), el nivel de huelgas de Buenos Aires, que es donde está la mayor concentración, es el más bajo de la historia (7.75 anuales). Esto impide considerar el periodo como de alza del conjunto del movimiento obrero.

Por otro lado, aun limitándonos al análisis de las huelgas señaladas, no podemos olvidar dos aspectos

¹² Respecto a la centralización se calcula que el 50% de las federaciones aparecen en la primera década peronista (1945-1955) y respecto a la tasa de sindicalización se calcula para 1964 en un 33.6% de la PEA.

que muchos análisis parecen desechar. El primero de ellos es que en la dirección de estos conflictos no sólo aparecen militantes de la “izquierda socialista”. Si analizamos la composición de los Comités de Huelga y Cuerpos Delegados, vemos que fue ostensible la participación de grupos del “peronismo de izquierda”,¹³ mientras que si analizamos la identidad política de los dirigentes de sección o departamento, es evidente la gran mayoría peronista. El otro aspecto de estas huelgas es que fueron derrotadas, y esto no sólo tiene relación con los errores de las direcciones, sino con el hecho de que el conjunto del movimiento obrero estaba en reflujó, como lo sugieren las estadísticas relativas a Buenos Aires. Si continuamos con el análisis de los conflictos obreros, veremos que el gran salto de 1974-1975 tiene su epicentro en el Gran Buenos Aires (el promedio anual se acerca a 700) y Rosario, mientras que en Córdoba el promedio anual es más bajo que en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe. Y si tomamos las huelgas más importantes de este periodo, vemos que aunque en el Smata (sindicato automotriz de Córdoba) y en Villa Constitución la dirección era de la izquierda “socialista”,¹⁴ en otras grandes huelgas como las de Propulsora Siderúrgica, PASA, Peugeot, Petroquímica Sudamericana, Bagley, la Hidrófila, Panam, Matarazzo, Ford, etcétera, en los organismos de conducción aparecen militantes del “peronismo de izquierda”,¹⁵ y también vemos que a nivel de activistas de sección siguen siendo mayoría los “peronistas de abajo”. Por todo esto, deducir de los casos del gremio automotriz de Córdoba y metalúrgico de Villa Constitución, la tesis de que la “nueva izquierda socialista” es la dirección real del proletariado a partir de 1969, es francamente abusivo. Nos parece evidente que gran parte de las huelgas se dieron al margen de la “nueva izquierda socialista” y aun de las organizaciones del “peronismo de izquierda”, impulsadas por activistas de base; esto podría demostrarse señalando que en 1979, cuando las organizaciones políticas están reducidas a su mínima expresión, las huelgas reaparecen con gran fuerza y extensión. Lo anterior no implica desconocer la aportación de la nueva izquierda (peronista o socialista), que con sus militantes y su contribución ideológica coadyuvó al surgimiento de corrientes independientes y a politizar las jornadas de 1974-1975. Sin embargo, creemos haber demostrado que el movimiento de las huelgas tiene cierta autonomía respecto de las corrientes políticas y sindicales que se atribuyen: su dirección. Más adelante nos abocaremos al análisis

13 Es el caso del Peronismo de Base (PB) en Fiat y Peugeot.

14 En la “nueva izquierda socialista” se destacaron el Partido Comunista Revolucionario y Vanguardia Comunista (maoístas); el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), marxistas independientes; el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y Política Obrera (PO), trotskistas; y grupos menores (Orientación Socialista, etcétera).

15 Especialmente de la Juventud Trabajadora Peronista (vinculada a Montoneros) y el Peronismo de Base.

de la dinámica de los conflictos de fábrica en relación a otros factores que a veces no son tenidos en cuenta en los análisis más habituales.

La comprobación empírica de que no es “la ideología socialista desde afuera” la que ha hecho crecer las huelgas (al menos como factor principal), puede ser explicada en base a consideraciones teóricas y razones históricas.

En la mejor tradición del marxismo —la vinculada directamente a la lucha obrera— es donde se rescata la actividad creadora de la acción espontánea de las masas. Esto ya aparece en los escritos de Marx sobre la Comuna y sobre la acción sindical. Rosa Luxemburgo plantea claramente la autonomía de las huelgas de masas respecto a la dirección partidaria. Lenin señala en el *Qué hacer* los límites del espontaneísmo, pero reivindica la acción de las masas en otros escritos. Más tarde, los diversos teóricos consejistas —Pannekoek, Gramsci, Bordiga, etcétera— reivindican la autorganización obrera.¹⁶ Unos y otros afirman que la lucha espontánea, y especialmente la económica, no alcanza para generar una conciencia revolucionaria, la que sería introducida por el partido revolucionario y la educación política de los sindicatos (Lenin), o por la acción combinada de una gran crisis económico-social y una dirección revolucionaria (“oposición” de izquierda). Pero de esto no se puede deducir que es la propaganda socialista lo único que hace avanzar la lucha obrera, o que las huelgas espontáneas por reivindicaciones inmediatas son inservibles, como parecen hacer algunos que proclaman cierta “ortodoxia leninista”. Más bien habría que deducir que la experiencia acumulada en las huelgas —escuelas de guerra, las llamó Engels— hace crecer la combatividad de los trabajadores, y que en ciertas condiciones puede hacer avanzar la conciencia de clase. En cuanto a las razones históricas, hay elementos que explican la resistencia de ciertos sectores obreros a la asimilación de la propaganda de los partidos socialistas. Es conocido que en los años anteriores al surgimiento del peronismo las direcciones sindicales comunista y socialista habían defraudado a la base obrera en huelgas importantes (como la de la carne). Sobre ese rechazo y sobre la inexperiencia del nuevo proletariado, Perón lanzó su famosa Doctrina Justicialista, que aparte de enfrentar a la oligarquía tradicional servía como alternativa al socialismo. Y aunque hemos visto que la práctica histórica de la clase obrera ha desbordado a la Doctrina Justicialista, en muchos sectores del movimiento obrero quedan resabios anticomunistas, lo que no sólo debe explicarse por el accionar del peronismo burgués o por el origen rural de sectores del proletariado (junto a la influencia de los aparatos ideológicos del estado), sino

16 Una documentada síntesis de algunas de estas posiciones puede verse en Hyman, op. cit. También puede verse R. Luxemburgo “Huelga de masas, partido y sindicato”, *Pasado y Presente*, n. 13, Córdoba, 1970; Mattick, Pannekoek y otros, *Los consejos obreros y la cuestión sindical*, ed. Castellote, Barcelona, 1977; etcétera.

también por los mencionados errores de la izquierda tradicional y la actitud de enfrentamiento dogmático de algunos grupos de la nueva izquierda respecto a las bases peronistas.

Más allá de las causas, no parece relevante que la gran mayoría de los trabajadores no se definan como socialistas a partir del surgimiento del peronismo, si lo que tratamos de explicar es la combatividad. Hay muchos ejemplos de movimientos obreros con una definición socialista y una escasa combatividad a nivel de fábrica. Por otro lado, si bien es cierto que a principios de siglo en la Argentina hubo más huelgas que en la época moderna —si exceptuamos el periodo 1974-1975— ese argumento no puede abonar las tesis ideologistas, ya que fueron dirigidas por los anarcosindicalistas, que como se sabe siempre han sido acusados de espontaneístas y economicistas, y descartaban la propaganda partidaria.

Para concluir nuestra interpretación sobre la dirección real de las huelgas modernas, sostenemos que la clave está en los “activistas de base”. Se trata de los obreros más representativos de cada sección o departamento, sean o no formalmente delegados del personal, en su gran mayoría identificados con el “peronismo de abajo”, sin militancia política orgánica, receptores y transmisores de la experiencia acumulada por el movimiento obrero, atentos a las condiciones favorables para lanzar las huelgas, muy sensibles, lo mismo que el conjunto de la clase, a las reivindicaciones económicas y sociales. Este activismo de base se educa en la práctica de los cuerpos de delegados de la primera etapa peronista, en las agrupaciones obreras semiclandestinas de la Resistencia, en la lucha cotidiana contra la patronal y sus representantes dentro de la fábrica (supervisores, jefes de turno, etcétera).¹⁷ Muchos de estos activistas se relacionan con las organizaciones de izquierda (peronistas y no peronistas), en especial a partir de 1969; pero al ser duramente golpeadas éstas, y ellos mismos despedidos, encarcelados y asesinados, esta relación se interrumpió a raíz del proceso represivo abierto con el golpe militar de marzo de 1976. Sin embargo, a nivel de fábrica el activismo de base no tardó en recuperarse, ya que el lugar de los delegados ausentes fue ocupado por otros activistas que asimilaron la experiencia anterior. Esto lo demuestra la resurrección de las huelgas por fábrica en 1979, y también los cambios en las formas de lucha contra la patronal (no aparecen “cabezas” visibles, etcétera).

V. DESARROLLO ECONÓMICO Y LUCHAS OBRERAS

¹⁷ Esto lo percibe claramente A. Gilly en “Los consejos de fábrica: Argentina, Bolivia, Italia” en *Coyoacán*, n. 5, 1978, p. 60.

Hemos dicho que en la dinámica de los conflictos obreros intervienen factores distintos a las influencias políticas de partidos y sindicatos. Uno de ellos es el salario. Si observamos la evolución de las huelgas en Buenos Aires, y la relacionamos con la evolución de los salarios reales, vemos que los grandes auges laborales se dan en momentos de pérdida del poder adquisitivo de los trabajadores. Esto es evidente si tomamos los años anteriores a los picos conflictivos, que se inician en 1942, 1946, 1956, 1969, 1973 y 1979. En todos los casos el salario real ha descendido o se ha estancado respecto al año anterior, y es sustancialmente menor que el salario que la clase obrera alcanza en la primera época peronista. Así, en 1941 y en 1945 el salario real se estanca (según las cifras oficiales) y en 1955, 1968, 1972 Y 1978 desciende (cuadro 3). Afinando más el análisis vemos que en los meses anteriores al gran auge del segundo semestre de 1974, el salario real había caído un 10%, y que a principios de 1975, cuando se vuelven a dar las grandes movilizaciones obreras, el proletariado industrial recibe un 5% menos que en mayo de 1972.¹⁸ Y si hacemos una clasificación de los motivos de las huelgas, encontramos que entre julio de 1974 y marzo de 1976 alrededor del 40% de las huelgas son por motivos salariales.¹⁹ Además se puede comprobar que en los años de grandes luchas el salario real sube, lo que sería con- secuencia de los conflictos. Es probable que las series estadísticas sobre Buenos Aires no sean del todo confiables. Por ejemplo, no registran las grandes tomas de fábricas de 1964, ni obviamente, las huelgas que se dan en Córdoba y en el interior entre 1969-1972. Sin embargo, en ambos casos también es posible relacionar las huelgas con la caída del salario, que bajó sensiblemente en 1963 y 1968. Haciendo un análisis más particular, podemos ver que los obreros automotrices habían perdido poder adquisitivo entre 1966-1968.²⁰

Sin embargo, el factor salarial no es el único que tiene influencia. No siempre que cayó el salario crecieron las huelgas, como se puede apreciar en 1952, 1962 o 1976. Hay otros factores económicos y políticos que intervienen. En esta sección analizaremos la influencia del crecimiento económico y la desocupación, y más adelante consideraremos factores políticos tales como el tipo de Estado. Respecto al crecimiento económico y la ocupación, empecemos por decir que no siempre coinciden, ya que el crecimiento puede basarse en una mayor productividad y no en un aumento del empleo industrial, y la tasa de desempleo varía a nivel nacional. Pero si tomamos los años en que coincide el crecimiento económico con el pleno empleo (baja tasa de desocupación), y lo relacionamos con las huelgas, vemos

18 Cf., M. Peralta Ramos, *Acumulación de capital y crisis política en la Argentina (1930-1974)*, ed. Siglo XXI, México, 1978, pp. 386-88.

19 Cf., E. Jelín, op. cit., p. 458.

20 Cf., Peralta Ramos, op. cit., pp. 55 y 147.

que éstas suben. Esto se verifica en 1946-1948, en 1957-1958, en 1969-1970, en 1973-1974 y en 1979, tomando como indicadores las cifras oficiales sobre la variación del producto bruto interno (PBI), del PBI manufacturero, de la tasa de desempleo y la ocupación industrial (cuadro 4). También surge esta correlación si analizamos el caso de los automotrices en relación a la desocupación en Córdoba (bajó del 8.1 en 1967 al 4.6 en 1969 según cifras oficiales);²¹ y en relación a la producción automotriz total, que pasó de 200 mil unidades en 1968 a 250 mil en 1971.²² Aunque todos los indicadores mencionados son indirectos, permiten establecer una relación entre el crecimiento económico y la baja tasa de desempleo con el aumento de las huelgas. Y esta relación sirve para explicar parcialmente cuándo comienzan los auges huelguísticos; y por qué se detienen las huelgas reivindicativas en algunos periodos. Respecto a esto último, recordemos que en 1952, 1962-63, 1976 y 1980-1981 se dan crisis económicas. Evidentemente, las variables económicas no alcanzan para explicar el complejo proceso de la evolución de las huelgas, pero nos parece importante resaltar su influencia. Parece evidente que la dinámica de las huelgas está condicionada por las fluctuaciones cíclicas de la economía. En este marco parece interesante analizar cuál es el comportamiento del movimiento obrero en una situación de crisis económico-social.

En una primera aproximación, y manejándonos a nivel estadístico, resulta evidente que las huelgas se detienen ante el paro industrial, como lo hemos visto para la Argentina moderna, y ha sido señalado por otros autores para otros países y periodos.²³ Pero si hacemos un análisis histórico, comprobamos que en los momentos de crisis las huelgas de fábrica son remplazadas por movilizaciones callejeras, tomas de barrios obreros, ollas populares, etcétera. Ejemplos de esto podrían ser las movilizaciones obreras de 1959, luego del cierre del frigorífico Lisandro de La Torre, y las luchas de los azucareros de Tucumán luego del cierre de los ingenios en 1966. Con mayor cuidado —ya que aquí los factores políticos parecen principales— podría aplicarse este análisis a grandes movilizaciones obreras y populares como el 17 de octubre, el Cordobazo y los “pueblazos” de 1970-1972, que en general coinciden con crisis económicas nacionales o regionales.²⁴

El desarrollo económico, ya no tomado en sus fluctuaciones cíclicas, sino en sus etapas de

21 Cf., *ibid.*, p. 119.

22 Cf., datos de la Asociación de Fabricantes de Automóviles (ADEFSA).

23 Los estudios hechos en Francia son sintetizados por G. Lefranc, *La huelga: historia y presente*, ed. LAIA, Barcelona, 1975, pp. 171-72.

24 Algunas reflexiones sobre este tema aparecen en Peralta Ramos, *op. cit.*, y en Sigal, “Acción obrera en una situación de crisis: Tucumán, 1966-1968”, en *Revista Mexicana de Sociología*, n. 2, 1978, México, UNAM, 1979.

acumulación, ha sido relacionado con la evolución de las huelgas en estudios recientes sobre la Argentina. Para Mónica Peralta Ramos mientras en 1945-1956 se dieron condiciones de aumento del empleo y de los salarios, propios de un periodo re distributivo y de crecimiento de las industrias livianas, de 1956 en adelante surge una tendencia a la concentración industrial, a la desocupación y a la diferenciación salarial, lo que traería como consecuencia una situación heterogénea en el movimiento obrero, en el cual aparecería una aristocracia obrera ubicada en las ramas más dinámicas y mejor pagadas. Esto habría sido una de las causas de la división del sindicalismo en la CGT conciliadora de Azopardo, que expresaría a la aristocracia obrera, y la CGT de los Argentinos, que expresaría la radicalización ideológica del resto del movimiento obrero. Pero esta tendencia estructural estaría limitada por la inestabilidad del sistema capitalista, lo que provocaría una reacción de esa “aristocracia obrera” ante cada bloqueo salarial, y una tendencia a vincularse con los obreros de las industrias vegetativas.²⁵ A su vez, Ana Jaramillo sostiene que no existe la pretendida “aristocracia obrera” y que es en los sectores “estratégicos” y/o de mayor composición técnica de capital donde se producen las grandes huelgas; lo que habría quedado demostrado con las luchas de los obreros del sector transporte hasta los años treinta, la lucha de los obreros de la construcción, metalúrgicos y textiles entre 1937-1943, y en los últimos tiempos con el combate de los petroleros, electricistas, gráficos y metal-mecánicos. Jaramillo agrega que son estos sectores los que alcanzan mayor conciencia política, y que su alto nivel salarial es consecuencia de sus luchas.²⁶

Ambas tesis son interesantes, pero nos parece que no explican, o explican mal, algunas cuestiones. Respecto a la aristocracia obrera, pareciera que las condiciones estructurales no son favorables, porque aun en las ramas más dinámicas no se han logrado salarios relativos superiores a los del año 1950, y además son frecuentes las caídas, dado el carácter pronunciado de los ciclos económicos. Sólo es posible encontrar una especie de aristocracia obrera en empresas del Estado como SEGBA (electricistas de Buenos Aires), hasta el año 1976, lo que no sólo se explica por las condiciones salariales, sino por una serie de reformas sociales (cogestión, horarios reducidos) introducidas por el sindicato; y en algunas empresas químicas o laboratorios farmacéuticos, con escaso personal obrero (IPAKO, Petroquímica Mosconi, Abbot, etcétera). Tampoco es fácil explicar la división de la CGT en base al carácter de las industrias ya que, por ejemplo en la CGT de Azopardo intervienen gremios muy postergados como el de la carne, los textiles, etcétera. Aquí es evidente que la burocracia sindical actúa

25 M. Peralta Ramos, op. cit., pp. 55 a 148.

26 Jaramillo, A., “Movimiento obrero y acumulación de capital (el caso argentino)”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, n. 89, UNAM, 1977, pp. 173-210.

con gran autonomía de la base.

A pesar de todo esto, la hipótesis general de Peralta Ramos podría contribuir a explicar la escasa combatividad registrada en Buenos Aires entre 1965-1972. La tesis totalmente opuesta, sostenida por Jaramillo, tampoco parece completamente cierta. No todos los sectores obreros de las industrias estratégicas o de alta composición técnica de capital son los más combativos, o los más radicales a nivel político. Esto podría ser cierto para los automotrices de Córdoba, o para los obreros siderúrgicos o petroquímicos de Santa Fe y La Plata, pero no para los automotrices; electricistas y Metalúrgicos de Buenos Aires. Aquí interviene una serie de actores tales como la presencia de sectores proletarios nuevos, la mayor incidencia de la izquierda de origen estudiantil y la menor fuerza de los aparatos burocráticos, en Córdoba, Santa Fe o La Plata; mientras que en Buenos Aires no se dan éstos factores, y además hay una experiencia frustrante en las huelgas anteriores a 1966. De todos modos, la hipótesis general de Jaramillo contribuye a explicar el papel de vanguardia que han desarrollado los obreros automotrices, siderúrgicos y petroquímicos entre 1969. 1975. Estas luchas se han dado en los sectores más dinámicos de la industria, ya que las estadísticas demuestran que los sectores químico, vehículos y maquinarias, y metálicas básicas son los que más han crecido en los últimos treinta años (cuadro 5).

Resumiendo lo expresado en esta sección, digamos que hemos encontrado una correlación entre las huelgas y ciertas condiciones económicas que las impulsarían: pérdida del poder adquisitivo, crecimiento económico, baja tasa de desempleo, carácter dinámico de la rama industrial. También hemos sugerido que en momentos de crisis, bajan las huelgas pero se dan movilizaciones callejeras con un alto contenido político. Estas conclusiones son congruentes con ciertas consideraciones teóricas generales. En efecto: en el sistema capitalista de producción, el obrero vende su fuerza de trabajo como una mercancía. En los momentos de alza del ciclo productivo esta mercancía tiene una demanda mayor, y el trabajador se siente más fuerte para presionar en busca de mejores salarios y condiciones de trabajo mediante huelgas. Así como los empleadores actúan unidos, los trabajadores forman federaciones sindicales para negociar colectivamente la venta de la fuerza de trabajo. A su vez, en la medida en que el salario es una mercancía distinta, ya que interviene un elemento histórico social —también llamado patrón de vida tradicional— el trabajador tiende a luchar por recuperar ese patrón de vida histórico cuando pierde poder adquisitivo. Por último, es importante el nivel de desempleo, el cual tiende a ser permanente en el sistema capitalista, que genera a través de las crisis periódicas, de la sustitución de la fuerza humana por la mecánica y de la importación de mano de obra de países limítrofes, un “ejército industrial de reserva” que garantiza que la oferta sea siempre mayor que la demanda. Sin embargo, el

nivel de desempleo es variable, y a veces puede haber relativa escasez de mano de obra en algunas ramas de la economía, lo que influye sobre la combatividad de los trabajadores.²⁷

Todo esto se puede ver a un nivel menos abstracto. El activismo obrero siempre analiza ciertas condiciones antes de lanzar una huelga: si la patronal tiene o no demanda, si tiene stock producido, si está solicitando horas extras o acortando la jornada, si amplía la planta o hay secciones paradas, etcétera, elementos éstos que le indican la correlación de fuerzas. En la Argentina estas consideraciones generales son válidas, y además hay que tener en cuenta ciertas particularidades que favorecen el resurgir constante de las huelgas obreras, como son un patrón de vida tradicional relativamente alto y una escasez relativa de mano de obra.

Respecto a la situación de crisis económica, y su influencia sobre la lucha obrera, también se han hecho consideraciones generales. Se sostiene, por ejemplo, que la crisis genera una mayor conciencia anticapitalista, al percibir el trabajador con más claridad la injusticia y la irracionalidad del sistema; y se considera que es la situación más favorable para las explosiones políticas y sociales.²⁸ Sin embargo, nos parece evidente que la crisis no genera mayor organización, y si ésta no existe o no está consolidada, las explosiones espontáneas se diluyen rápidamente, y a veces ni siquiera se manifiestan, al mantenerse las tensiones en estado latente.

Las implicaciones de lo dicho en esta sección son obvias. Si es cierto que en las etapas expansivas del ciclo —y en condiciones de pleno empleo y pérdida del poder adquisitivo— se abren condiciones favorables para la lucha y organización dentro de fábrica; y si cada crisis enseña a los trabajadores los límites del capitalismo y crea condiciones favorables para las explosiones sociales, es evidente que la dialéctica de este proceso —que en la Argentina se desarrolla en ciclos cortos— es favorable al desarrollo de la organización y la conciencia de la clase obrera. Pero también es evidente —y dramática— la ausencia de un partido que oriente esta lucha "espontánea" hacia 'una perspectiva de poder.

VI. RÉGIMEN POLÍTICO Y HUELGAS

En general podríamos distinguir tres tipos de regímenes en la evolución del Estado capitalista moderno: el populista clásico (1945-1955); el desarrollista, con matices liberales en los gobiernos de Frondizi e

27 Cf., K. Marx, *El Capital*, ed. Siglo XXI, México, 1975, especialmente t. I.

28 Esta tesis ha sido desarrollada en numerosos escritos por Paul Mattick, y también por Antón Pannekoek.

Illía, y con matices populistas en el segundo periodo peronista (1973-1976); y por último el militar. Los dos primeros regímenes coinciden con gobiernos constitucionales, mientras que los regímenes militares siempre han tenido gobiernos “de facto”. Si tomamos el promedio de huelgas en los periodos de gobierno constitucional, y lo comparamos con el de los gobiernos “de facto”, veremos que el promedio anual es de unas 120 huelgas en los gobiernos “civiles” y de unas 20 en los militares. Sin embargo, es necesario interpretar mejor esta situación, pues parece haber excepciones. Vemos, por ejemplo, que las huelgas aumentan bastante después del golpe militar de 1955 (gobiernos de Lonardi y Aramburu), o que en el interior del país hay huelgas importantes durante el régimen militar de Onganía, o que en 1979 reaparecen con intensidad las huelgas en plena dictadura militar. Pareciera, entonces, que aun bajo feroces dictaduras los trabajadores no renuncian a recuperar sus derechos, y sólo esperan las condiciones favorables para lanzarse a la lucha. Pero estas condiciones favorables no son sólo las económicas (ya analizadas), sino también una menor represión directa sobre los trabajadores. Esta represión, que va desde el asesinato hasta el despido, pasando por la confección de “listas negras”, fue muy dura a fines del 55, en 1960 (Plan Conintes), en 1966 cononganía, y luego del golpe militar de 1976, y seguramente contribuyó al reflujo de la lucha obrera en esos momentos. Por el contrario, en los regímenes populistas, o semipopulistas (como el gobierno de Perón-Isabel Perón), la represión directa sobre los trabajadores es menor, ya que los mecanismos de dominación son más bien ideológicos; y es en estos periodos cuando las huelgas de fábrica alcanzan los niveles más altos. La represión contra los trabajadores no es tan sólo gubernamental. Las patronales recurren al despido, a las amenazas e incluso a la violencia, en especial cuando cuentan con el apoyo del gobierno y la burocracia sindical. Esta represión es uno de los factores que explican la derrota en grandes huelgas y las derrotas dejan un saldo nefasto de frustración e impotencia en el conjunto, y de cientos de activistas despedidos. Por ejemplo, recordemos en la década de los sesentas las derrotas de los metalúrgicos, portuarios o petroleros en Buenos Aires y La Plata, y su efecto negativo sobre toda la zona. Aunque muchos sostienen que las huelgas reprimidas y derrotadas “agudizan las contradicciones de clase”, al menos en el corto plazo tienen un efecto negativo sobre la organización y sobre la combatividad del conjunto.

En resumen, pareciera que un gobierno constitucional y con rasgos populistas es el favorable para que la lucha obrera se extienda y generalice a nivel de las fábricas. Si bien es cierto que cuando hay gobiernos militares el enfrentamiento es más directo y politizado, no creemos que una dictadura sea positiva para la acumulación de fuerzas del movimiento obrero. Aunque aquí también pareciera que la dialéctica de “gobiernos civiles-gobiernos militares”, que se reproduce cíclicamente en el país, abre

posibilidades favorables para el desarrollo de la organización y la conciencia de los trabajadores. Todo depende de que se aprovechen los aspectos positivos de cada etapa.

VII. LAS JORNADAS DE 1974-1975 Y EL SALTO CUAUTATIVO

Hay acuerdo entre los investigadores en considerar excepcional el periodo de huelgas de 1974-1975. Las estadísticas demuestran que hubo un salto impresionante en el número de conflictos, y además surgen formas organizativas independientes que rebasan la burocracia sindical y alcanzan su punto más alto en las Coordinadoras de Base por zona; todo lo cual autoriza a hablar de un salto cualitativo.

Las discrepancias empiezan con las interpretaciones de ese salto cualitativo. Desde ya rechazamos las que enfatizan solamente la participación de las organizaciones de la nueva izquierda peronista y no peronista, porque ninguna tuvo la capacidad de dirigir las luchas a nivel nacional. Aunque en las huelgas más conocidas hubo participación o al menos propaganda de las organizaciones políticas, el movimiento huelguístico fue mucho más amplio (unas 1600 huelgas sólo en 1974). Tomando la situación económica, es evidente que las condiciones eran altamente favorables para los reclamos obreros: crecimiento económico, pleno empleo y pérdida periódica del poder adquisitivo por la gran inflación. Sin embargo, estas condiciones se dieron en otros periodos y las huelgas no fueron tan numerosas. Por lo tanto es necesario introducir otros factores.

Otra cosa importante es que había un gobierno peronista, y que la clase obrera había votado por recuperar el nivel de vida de los años cincuenta. Cuando esa reivindicación empezó a peligrar por la inflación y la derechización del gobierno, la clase obrera luchó por lo que había votado. Además el gobierno peronista no podía reprimir masiva y abiertamente a los trabajadores si quería conservar algo de su vieja imagen populista, lo que no impidió la represión selectiva de militantes obreros por parte de la para-gubernamental Alianza Anticomunista Argentina (Triple A).

Otro factor muy importante es que los primeros conflictos de 1974 se ganaron en base a originales métodos de baja concertada de la producción (“trabajo a convenio”), lo que contribuyó a que la ola huelguística se extendiera y se repitiera al año siguiente.

Pero ¿de dónde surgieron las tácticas exitosas de lucha, y las formas organizativas autónomas tales como Comités de Huelga, Comisiones Internas, Cuerpos de Delegados y Comisiones Obreras? Como era de esperar, algunos sostienen que la clave está en el clasismo cordobés y la literatura de ciertos

partidos, y otros en la estrategia de “Guerra integral” sustentada por algunas organizaciones político-militares. Pero esta interpretación sólo tiene en cuenta el papel de algunos militantes que participaron en organismos de conducción de las principales huelgas, y subestima la experiencia acumulada por la clase obrera y el papel de los activistas de base. La idea de enfrentar a la patronal con la baja concertada de la producción y sin abandonar la fábrica no fue el resultado de la aplicación de talo cual literatura partidaria, sino de la experiencia de la clase obrera, que fue experimentando desde 1955 en adelante métodos como la toma de fábricas o la huelga con movilización callejera, que mostraron sus limitaciones. Cuando la baja de producción demostró ser un método efectivo, se propagó a nivel nacional, impulsado por los activistas de base. Sólo así se explica que se haya aplicado en distintas regiones y en fábricas sin ninguna presencia de las organizaciones políticas. Y la aparición de organismos obreros autónomos no se explica solamente por la aplicación de talo cual modelo teórico, sino porque desde el 45 la clase obrera moderna viene desarrollando cuerpos de delegados, comisiones internas y agrupaciones obreras a nivel de sección o departamentos. Toda esa experiencia, acumulada por la clase obrera bajo el peronismo, se mantuvo y se transmitió a través de los activistas de base, que fueron los que encabezaron a nivel de sección los cientos de conflictos. No es casual que un grupo como el Peronismo de Base —reconocido por su empirismo y por reflejar el nivel de conciencia de los activistas de base, y que dirigen antiguos militantes obreros— haya planteado a partir de 1974 la formación de Consejos Obreros sin haber seguramente leído a Pannekoek, Gramsci, Bordiga o Mandel.²⁹ Lo anterior no significa negar la importancia de la nueva izquierda no peronista que, aun con proyectos distintos, contribuyó a fortalecer y dar continuidad a las tendencias autónomas que se habían venido desarrollando en la clase obrera, y que como hemos dicho culminaron en la aparición de Coordinadoras de Base zonales en 1975.

Digamos, por último, que nuestra interpretación se ve fortalecida por la ola huelguística de 1979, que en condiciones de gran represión (que hacen mínima la influencia de la militancia partidaria) reproduce —aunque a un nivel más bajo que en 1975— la extensión de los conflictos y las formas organizativas autónomas.

VIII. CONCLUSIONES Y PERSPECTIVAS

29 Cf., la revista *Con Todo*, n. 1 a 3, Buenos Aires, 1974-1975, y diversos números de la revista *Militancia*, Buenos Aires, 1974, donde el Peronismo de Base propone formar Consejos Obreros en relación a grandes huelgas como las de Propulsora Siderúrgica, Petroquímica Sud, Bagley, La Hidrófila, Ford- Transax, etcétera.

Creemos haber demostrado nuestra hipótesis central de que la lucha obrera en la Argentina moderna ha sido predominantemente espontánea, y no dirigida por la burocracia sindical peronista o la militancia de izquierda (peronista y no peronista). También creemos haber demostrado que esta lucha “espontánea” no es caprichosa e imprevisible, sino que está correlacionada positivamente con un deterioro del poder adquisitivo y con condiciones económicas favorables (crecimiento industrial, pleno empleo, carácter dinámico de la rama en cuestión) y con condiciones políticas tales como una menor represión directa contra la clase obrera y un Estado “de derecho” con rasgos populistas. Y que el motor de esa lucha a nivel de fábrica son los activistas de base, que sintetizan la experiencia acumulada por el movimiento obrero, y que no son “apolíticos” sino que en su mayoría se identifican con el “peronismo obrero”, aunque no militan orgánicamente en el Movimiento Peronista. Por último, hemos visto que en situaciones de crisis económico-social, si bien disminuye la combatividad dentro de la fábrica (expresada en las huelgas), se puede dar otro tipo de luchas sociales como movilizaciones callejeras, “marchas de hambre”, ollas populares, etcétera, y que crece el enfrentamiento político con el gobierno. En base a estas conclusiones y a los elementos volcados, es posible intentar algunas predicciones sobre la evolución de las huelgas y los conflictos sociales en la Argentina. Para ello trataremos de analizar el posible comportamiento a corto y mediano plazo de los factores que hemos considerado como relevantes. Comenzando con el factor salarial, es evidente que la pérdida del poder adquisitivo ha sido muy grande, y que no es previsible que las patronales concedan sin luchas aumentos que siquiera acerquen el salario real al de los años cincuenta o al de 1974. Por lo tanto es previsible una fuerte tendencia a recuperar el nivel de vida perdido, y a que se mantenga el peronismo práctico que simboliza para los obreros esa lucha. Aunque crezca la diferenciación salarial, no es previsible el surgimiento de una aristocracia obrera fuerte, ya que parece que no hay margen en la situación actual de la economía nacional e internacional para que un sector importante de la clase obrera alcance y mantenga un alto poder adquisitivo.

Más complicado es el análisis de las tendencias en el crecimiento económico y la ocupación industrial. Si nos atenemos a ciertos indicadores que maneja el desarrollismo,³⁰ las perspectivas son nefastas mientras no haya un cambio radical en la conducción económica nacional, ya que las tendencias de los últimos años serían un retroceso del sector industrial, una gran caída de la ocupación y una gran capacidad ociosa de las empresas. Los indicadores oficiales, aunque negativos, son mas

30 Esta corriente burguesa se expresa a través de “Clarín Económico” suplemento semanal del diario *Clarín* de Buenos Aires.

moderados, ya que reflejan una caída del PBI manufacturero en el quinquenio, pero pronostican un crecimiento mayor que el promedio en el próximo trienio; mientras que la tasa de desempleo oficial ha crecido en los últimos años, pero sin llegar en Buenos Aires al nivel de los años sesenta, y sería más baja en el próximo trienio.

Más allá de la veracidad de los indicadores, parece claro que hay una crisis sólo comparable por su profundidad con la de 1930 (o la menor del 62-63), y quizás inédita por sus consecuencias y su carácter prolongado. Uno de los efectos de esta crisis es la mayor concentración del capital, a expensas de la pequeña y mediana empresa, que ha sido deliberadamente golpeada por la gran burguesía. Aunque la crisis de la pequeña y mediana industria (y de otros sectores como el automotriz) se traduce en el retroceso de la producción industrial y la ocupación, es previsible que a corto plazo la gran masa de capital acumulado por sectores de la gran empresa (recordemos que el salario cayó un 40% en el quinquenio) se vuelque en algunas ramas de la producción y se revierta el retroceso de los últimos años. Si esta recuperación industrial se da, es lógico pensar que, al menos en el corto plazo, el desempleo se reducirá, teniendo en cuenta que la oferta de trabajo se ha contraído mucho, al retirarse del mercado laboral muchos obreros calificados, trabajadores de países limítrofes y mujeres.³¹ Más a mediano plazo es probable que el desempleo tienda a ser mayor que el promedio histórico, pero no creemos que presione demasiado en las industrias más dinámicas. Por lo tanto las perspectivas no parecen ser tan negras como lo plantean los desarrollistas (cuya base de maniobra era la pequeña y mediana empresa) y algunos grupos que suponen que la pobreza y la crisis generan por sí solas acción revolucionaria. Al menos en los sectores estratégicos de la actual etapa de acumulación (petroquímica, siderúrgica, electricidad, papel, etcétera) que además son los que han generado mayor ocupación en los últimos treinta años (cuadro 5), es posible prever un crecimiento, demanda de mano de obra, y también nuevos conflictos.

Respecto a la represión, la posibilidad de un restablecimiento del “estado de derecho” y una apertura democrática, las perspectivas no son para nada claras. Pareciera que la represión directa contra los activistas obreros ha disminuido, pero nada garantiza que no vuelva a repetirse, ya que la oposición democrática dentro del país, aunque creciente, todavía es muy débil. Las posibilidades de un gobierno constitucional o “semiconstitucional” son aún más nebulosas, ya que son frecuentes las versiones de nuevos intentos golpistas que buscarían volver el proceso represivo al punto de partida. Lo más probable es que se dé una pseudo apertura controlada por los militares y que el gobierno militar se

31 Cf., “Clarín Económico”, varios números de 1980-1981.

prolongue más allá de 1983. Aun así es previsible que a nivel de fábrica reaparezcan los conflictos obreros cuando las condiciones económicas sean favorables. De alguna manera, lo que sucedió en 1979 parece indicar cuáles son las perspectivas, si —como esperamos— se produce una recuperación económica en los próximos años. En 1979 el PBI creció un 8.5% y el PBI manufacturero un 11.5%, mientras la desocupación se redujo en Buenos Aires a un 2.1% según cifras oficiales. Los primeros en dar la lucha fueron los obreros de los sectores más dinámicos y concentrados, como los de Standard Electric, Peugeot y Petroquímica Ducilo, y triunfos como el de Peugeot contribuyeron a que la lucha se extendiera a otras ramas y regiones. Como era lógico, predominaron las reivindicaciones salariales. Además se dieron formas organizativas autónomas y a veces semiclandestinas. Y la alta burocracia sindical, si bien no desautorizó las huelgas en todos los casos, tampoco las apoyó resueltamente, como resultado de su juego de presión-negociación con el gobierno militar y con las patronales³² (cuadro 6).

La grave crisis de 1980-1981 y el consiguiente reflujo de la lucha obrera parecieron reducir las luchas de 1979 a un episodio aislado. Pero todo lo expuesto sugiere que en los próximos años resurgirán las huelgas y los conflictos obreros. Aunque a veces confundimos nuestros deseos con la realidad, creemos que la combatividad de la clase obrera argentina no ha pasado a la historia ni a la nostalgia. Y que se equivocan los que en los últimos tiempos —y siguiendo al pie de la letra el título de un libro reciente —³³ han dicho Adiós al Proletariado.

32 Cf., varios periódicos y revistas como *Controversia*, n. 1 a 5, México, 1979-1980, *Correspondencia Internacional*, n. 1 a 4, 1979-1~, diversos boletines del TYSAE, etcétera.

33 Nos referimos al libro de André Gorz *¿Adiós al proletariado?*

APENDICE ESTADÍSTICO

Cuadro 1

PARTICIPACIÓN DE LOS TRABAJADORES EN EL INGRESO, ANTES, DURANTE Y DESPUÉS DE LOS GOBIERNOS PERONISTAS

Año	Participación de las remuneraciones en el ingreso neto (%)	Año	Participación de las remuneraciones en el ingreso nacional
1935	46.8	1959	37.8
1938	46.6	1964	37.2
1941	45.3	1968	39.9
1944	44.8	1974	52.2
1947	46.6	1975	47.0
1951	54.5	1976	30.0
1952	57.5	1979	34.3
1955	52.0		
1958	49.8		
1959	45.5		

Nota: véase que estos % se refieren al ingreso nacional bruto y no al ingreso neto.

FUENTES: Di Tella y Zymelman, *Las etapas del desarrollo económico*, Eudeba, Buenos Aires, 1967, p. 119. A. Ferrer, "La economía argentina, 1976-1979" en *Economía de América Latina*, n. 5, CIDE, México, 1980.

Cuadro2

LAS HUELGAS EN BUENOS AIRES (1935-1975)

Año	Huelgas	Huelguistas (miles)	Año	Huelgas	Huelguistas (miles)
1935	69	52	1955	21	12
1936	109	85	1956	50	853
1937	82	50	1957	56	304
1938	44	9	1958	84	277
1939	49	20	1959	45	1 411
1940	53	13	1960	26	130
1941	54	7	1961	43	236
1942	113	40	1962	15	42
1943	85	7	1963	20	207
1944	27	9	1964	27	144
1945	47	44	1965	32	203
1946	142	334	1966	27	235
1947	64	541	1967	6	1
1948	103	278	1968	7	2
1949	36	29	1969	8	6
1950	30	97	1970	5	2
1951	23	16	1971	16	69
1952	14	16	1972	12	61
1953	40	6	1973	220*	inc. Gran Buenos Aires
1954	18	120	1974	895 ²	inc. Gran Buenos Aires
			1975	500 ²	inc. Gran Buenos Aires

FUENTE: Ministerio del Trabajo y datos citados por varios autores.

*Junio a diciembre.

² Estimación.

Cuadro 3

SALARIOS REALES EN DIVERSOS PERIODOS

Periodo 1935-1946 (1929=100)		Periodo 1950-1960 (1960=100)	
Año	Salario real	Año	Salario real
1935	101	1950	116.9
1936	95	1951	109.2
1937	96	1952	99.3
1938	96	1953	104.5
1939	97	1954	116.1
1940	98	1955	114.3
1941	98	1956	119.3
1942	101	1957	119.6
1943	107	1958	126.5
1944	118	1959	94.1
1945	118	1960	100.0

Periodo 1961-1972 (1960=100)		Periodo 1974-1979 (1970=100)	
Año	Salario real	Año	Salario real
1961	111	1974	115
1962	109.1	1976	71
1963	108.3	1977	73
1964	121.4	1978	71
1965	131.5	1979	75
1966	135.5		
1967	132.2		
1968	123.6		
1969	127.3		
1970	131.9		
1971	136.0		
1972	127.0		

FUENTES: Dirección Nacional del Trabajo, tomado de Murmis y Portantiero, op. cit., p. 85. Gerchunoff y Llach, "El nuevo carácter del capitalismo en Argentina", en *Desarrollo Económico*, n. 60, YDES, Buenos Aires, 1976, p. 630. A. Ferrer, op. cit.

Cuadro 4

EL DESARROLLO ECONÓMICO A TRAVÉS DE DIVERSAS VARIABLES

Periodo 1935-1945			
Año	PBI ¹ (en miles de millones)	Producción ² Industrial (1950=100)	Ocupación ³ (1929=100)
1935	452	49.7	104.4
1936	458	52.9	113.21
1937	495	56.2	126.11
1938	501	58.4	129.5
1939	520	60.7	132.1
1940	509	60.8	129.2
1941	534	63.2	135.1
1942	559	64.1	140.6
1943	563	67.0	155.2
1944	618	76.0	155.1

Periodo 1950-1960 (Variaciones anuales en %)			
Año	PBI	Industria	Ocupación industrial*
1951	3.9	2.6	2.1
1952	—5.0	—1.9	—3.4
1953	5.4	—0.5	—4.2
1954	4.0	7.9	3.8
1955	7.2	12.2	5.0
1956	2.8	6.9	3.3
1957	5.1	7.9	3.4
1958	6.3	8.4	1.7
1959	—6.6	—10.3	—1.1
1960	8.0	10.1	—3.8

¹Fuente: *Anuario del cronista comercial*, Buenos Aires, 1973, a precios de mercado de 1960

²Fuente: Di Tella y Zymelman, op. cit.

³Fuente: Murmis y Portantiero, op. cit.

*Fuente: J. Villanueva, en *El empleo en América Latina* (Tokman y Souza, coordinador), ed. XXI, México, 1976, p. 364.

Periodo 1961-1969 ¹ (variaciones anuales en %)			
Año	PBI	Industria	Ocupación industrial
1961	7.1	10.0	0.7
1962	-1.7	-5.5	-7.2
1963	-2.4	-4.1	-6.2
1964	10.4	18.4	10.3
1965	9.2	13.8	5.9
1966	0.7	0.9	0.2
1967	2.5	3.69	3.9
1968	4.6	6.9	-1.2
1969	7.9	11.1	2.7

Periodo 1971-1979 ²			
Año	PBI (variaciones anuales)	(Tasa de des- empleados en Buenos Aires)	Ocupación industrial (1970=100)
1971	3.8	6%	108
1972	3.8	6.6	105
1973	6	5.4	108
1974	7	3.4	114
1975	-1.6	3.7	119
1976	-2.9	4.5	115
1977	4.7	2.9	108
1978	-3.7	2.8	98
1979	8.5	2.1	95

¹Fuente: Villanueva, op. cit., p. 364.

²Elaborado propia en base a datos oficiales

Cuadro 5**CLASIFICACIÓN DE LAS RAMAS INDUSTRIALES SEGÚN SU PRODUCCIÓN Y OCUPACIÓN GENERADA, Y PARTICIPACIÓN EN EL PBI INDUSTRIAL**

	Producción (variación anual en %, 1950-1969)	Ocupación ¹	Participación en el PBI industrial ²	
			1971-1975	1976-1980
<i>Dinámicas</i>				
Metálicas básicas	9.4	1.0	6.36	5.88
Maquinaria y equipo	8.5	2.1	33.54	34.1
Químicos y otros	6.7	2.1	19.02	20.66
Papel, etc.	3.7	2.2	4.16	4.36
<i>Vegetativas</i>				
Minerales no met.	3.7	0.4	4.12	4.84
Alimentos y bebidas	2.2	—0.2	15.80	15.24
Madera y muebles	2.1	—0.6	1.44	0.86
Textiles	0.8	—1.0	37.74	35.2

¹Fuentes: Villanueva, op. cit., p. 350

²Revista *Mercado*, *Anuario 1980-1981*, Buenos Aires, p. 136

Cuadro 6**LAS HUELGAS EN 1979 (último trimestre)**

Mes	Número de conflictos	Principales huelgas salariales
Octubre	47	Peugeot, Standard Electric, Petroquímica Ducilo, Fate (caucho)
Noviembre	38	Kaiser Aluminio, Fapa (Plast.) Met. Aldinor, Met. Micro
Diciembre	4	Siemens (elect.) , EMA (metal)

FUENTE: Revista *Controversia*, cit. n. 2/3, 1980; G. Almeyra, "La clase obrera en la Argentina actual", Coyoacán n. 9, 1980; y diversos periódicos.